

 $\dots : \mathcal{V}_t$ 

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ DE COLOMBIA BIBLIOTECA - BOGOTÁ

# CARTAS

\*\*

Traducidas del Alemán por F. H. y del Inglés por Nemo.

Publicadas por primera vez en castellano en el Año de gracia de 1901 por la "Tip. La Académica" —

Barcelona — España.

EDICIONES SELECCION

## "CARTAS ROSACRUCES"

son divinas Luces para el alma sedienta de aquel conocimiento que eleva al hombre de lo formal a lo trascendental, haciéndolo comulgar con el Infinito.

"La Fraternidad Rosa Cruz Antigua" de Bogotá, Colombia, se complace en entregar esas divinas Rosas de la Espiritualidad y del Saber, a los estudiantes Esoteristas de habla Castellana. — Paz, Luz y Amor a todos los seres.

#### CARTAS ROSACRUCES

1

#### SABIDURIA DIVINA

No intentes estudiar la más alta de todas las ciencias, si no has resuelto de antemano entrar en el sendero de la virtud, porque los incapaces de sentir la verdad no comprenderán mis palabras. Unicamente quienes entran en el reino de Dios comprenderán los misterios divinos, y aprenderán la verdad y la sabiduría, en proporción a su capacidad para recibir la luz divina de la verdad. Para aquellos cuya vida consiste únicamente en la mera luz de su inteligencia, los misterios divinos de la Naturaleza no serán comprensibles, porque sus almas no oyen las palabras que pronuncia la luz. Unicamente quien abandona su yo personal puede conocer la verdad, porque la verdad sólo es posible conocerla en la región del bien absoluto.

Todo cuanto existe es producto de la actividad del espíritu. La más alta de todas las ciencias es aquella por cuyo medio aprende el hombre a conocer el lazo de unión entre la inteligencia espiritual y las formas corpóreas. Entre el espíritu y la materia no hay definidas líneas de separación, pues entre ambos extremos se interpolan todas las gradaciones posibles.

Dios es Fuego que irradia purísima Luz. Esta Luz es vida, y las gradaciones entre la Luz y las Tinieblas trascienden a la comprensión humana. Cuanto más nos aproximamos al centro de la Luz tanto mayor es la energía que recibimos, y tanto más poder y actividad resultan. El destino del hombre es ascender hasta el centro espiritual de Luz. El hombre primordial era un hijo de la Luz. Permanecía en un estado de perfección espiritual muchísimo más alto que el presente, en que ha descendido a un estado más material en una grosera forma corpórea. Para reascender a su primera altura ha de retroceder en el sendero por el que ha descendido.

Cada uno de los seres animados de este mundo, recibe su vida y actividad del poder del espíritu. Los elementos groseros están regidos por los más sutiles, y éstos a su vez por otros que los aventajan en sutileza, hasta llegar al poder puramente espiritual y divino. y de este modo Dios influye en todo y lo gobierna todo. El hombre posee un germen de poder divino, que desarrollado puede convertirse en árbol de admirables frutos; pero este germen puede únicamente desenvolverse por la influencia del calor radiante del flamígero centro del gran sol espiritual, y en proporción a lo que nos aproximamos a la luz, recibimos dicho calor.

Desde el centro o Causa suprema y originaria, irradian continuamente poderes activos que se infunden en las formas producidas por su eterna actividad, y desde estas formas irradian otra vez hacia la Causa primera, constituyendo una cadena ininterrumpida en donde todo es actividad, luz y vida. Por haber abandonado el hombre la radiante esfera de luz, se ha incapacitado para contemplar el pensamiento, la voluntad y la actividad del Infinito en su unidad, y hoy tan sólo percibe la imagen de Dios, en una multiplicidad de variadas imágenes. Así es que contempla a Dios en

un número de aspectos casi infinito; pero Dios permanece uno. Todas estas imágenes deben recordarle la exaltada situación que un tiempo ocupó y a conquistarla deben tender todos sus esfuerzos. A menos de que se esfuerce en ascender a mayor altura espiritual, irá sumiéndose cada vez más profundamente en la sensualidad, y le será entonces mucho más difícil recobrar su prístino estado.

Durante nuestra-actual vida terrena, nos encontramos rodeados de peligros, y para defendernos de ello es muy débil nuestro poder. El cuerpo material nos mantiene encadenados a la sensualidad y mil tentaciones diariamente nos asaltan. Sin la reacción del espíritu, la naturaleza animal del hombre rápidamente lo sumiría en el cieno de la sensualidad. Sin embargo, el contacto con lo sensual le es necesario al hombre, pues le proporciona la fuerza sin la que no podría progresar. Por el poder de la voluntad se perfecciona el hombre, y quien identifica su voluntad con la de Dios, puede, aun durante su vida en la tierra, llegar a ser tan espiritual, que contemple y comprenda la unidad del reino de la mente v logre cuanto sé proponga; porque, unido con el Dios universal, suyas son todas las fuerzas de la Naturaleza, y en él se manifestarán la armonía y la unidad del Todo. Vive entonces en lo eterno y no se halla sujeto a las condiciones de espacio y tiempo, porque participa del poder de Dios sobre los elementos y fuerzas de los mundos visible e invisible, y tiene la conciencia de lo eterno.

Dirige todos tus esfuerzos a cultivar la tierna planta de virtud que crece en lo íntimo de tu ser. Para facilitar su desarrollo purifica tu voluntad y no permitas que te alucinen las ilusiones de los sentidos; y a cada

paso que des en el sendero de la vida eterna, encontrarás un aire más puro, una nueva vida, una luz más clara, y en proporción a tu ascenso se dilatará tu horizonte mental.

La inteligencia no conduce por sí sola a la sabiduría. El espíritu lo conoce todo, sin embargo nadie lo conoce. La inteligencia sin Dios enloquece, se engríe en la propia adoración y rechaza la influencia del Santo Espíritu. ¡Ah! cuán deceptiva y engañosa es la inteligencia sin la espiritualidad. ¡Cuán pronto perecerá! El espíritu es la causa de todo, ¡y cuán pronto se apagará la luz de la más brillante inteligencia si no la avivan los vitales rayos del sol espiritual!

Para comprender los secretos de la sabiduría, no basta teorizar sobre ellos, sino que principalmente se necesita sabiduría. Sólo es verdaderamente sabio quien se conduce sabiamente, aunque no haya recibido la menor instrucción intelectual. Para ver necesitamos ojos, y para oír, oídos; y así, para percibir las cosas del espíritu, necesitamos percepción espiritual. El espíritu, no la inteligencia, lo vivifica todo, desde el ángel planetario hasta la amiba del fondo del océano. La influencia espiritual siempre desciende, y nunca asciende, es decir, siempre irradia del centro a la periferia, pero jamás de la periferia al centro. Así se explica que siendo la inteligencia humana efecto de la luz del espíritu que brilla en la materia, no pueda trascender jamás la luz del espíritu. La inteligencia sólo será capaz de comprender las verdades espirituales, cuando su conciencia entre en el reino de la luz espiritual. Esta es una verdad rechazada por la gran mayoría de los intelectuales, porque no pueden ascender a un estado superior al en que se hallan, y consideran todo cuanto no está a su alcance como vaguedades y sueños ilusorios. Por lo tanto, su comprensión es obscura, y en su corazón anidan las pasiones, que no les dejan ver la luz de la verdad. Quien forma juicio por lo que percibe con sus sentidos corporales, no puede comprender las verdades espirituales, y se aferra a su ilusorio yo personal, y repugna las verdades espirituales, porque destruyen su personalidad. El instinto natural del yo inferior del hombre le impulsa a considerarse como independiente del Dios Universal. El conocimiento de la verdad desvanece la ilusión y, por lo tanto, el hombre sensual odia la verdad.

El hombre espiritual es hijo de la Luz. La regeneración del hombre y su vuelta al estado de perfección, en que sobrepuja a todos los seres del universo, exige el desvanecimiento de cuanto obscurece y eclipsa su verdadera naturaleza interna. El hombre es, por decirlo así, un fuego concentrado en el interior de una cáscara material y grosera. Su destino es abrasar en este fuego la naturaleza animálica y reunirse con el flamígero centro, del que es a modo de centella durante la vida terrestre. Si la conciencia y la actividad del hombre hállanse continuamente concentradas en las cosas externas, la luz que irradia de la centella divina desde el interior del corazón, va debilitándose poco a poco y desaparece finalmente; pero si se alimenta y aviva el fuego interno, destruye los elementos groseros, atrae a otros sutiles que hacen al hombre más y más espiritual y actualizan sus potencias divinas. No sólo se acrecienta la actividad interna, sino también la receptividad a las puras y divinas influencias, y ennoblece por completo la constitución del hombre hasta que lo convierte en el verdadero rey de la creación.

#### EL MEDIO PRACTICO DE ACERCARSE A LA LUZ

Quien por medio de la satisfacción de sus apetitos sensuales intenta llenar el vacío que en su alma existe, no lo logrará nunca, ni pueden tampoco realizarse los anhelos de verdad por la aplicación de la inteligencia a los objetos exteriores. El hombre no puede gozar de paz mientras no haya desechado cuanto es incompatible con su **ego** divino.

Para ello, debe acercarse a la Luz, obedeciendo a la ley de la Luz. Ha de matar el deseo sensual, y apartando su mirada del mundo externo, dirigir su visión espiritual hacia la Luz, para disipar las nubes que la eclipsan. Ante todo, ha de saber que en su interior existe un germen divino en el que ha de encontrar su voluntad, para cumplir estrictamente sus deberes.

Hay una ley oculta, mencionada con frecuencia en los escritos esotéricos, pero que pocos comprenden, según la cual todo lo **inferior** tiene su contraparte **superior**; por lo que, al actuar lo inferior, reacciona sobre él lo superior. Según esta ley, a todo deseo, pensamiento o aspiración bueno o malo sigue inmediatamente la respectiva reacción procedente de lo superior. Cuanto más pura es la voluntad del hombre y menos adulterada por deseos egoístas, tanto más enérgica será la reacción divina. El progreso espiritual del hombre no depende en manera alguna de sus propios intereses mundanos; al contrario, cuanto menos intenta establecer leyes por sí mismo y cuanto más se somete a la ley universal, tanto más rápidos son sus progresos. El hombre no puede dirigir su voluntad en sentido diferente del de la voluntad universal de Dios. Si su voluntad no es idéntica a la voluntad divina, se pervierte con siniestros efectos. Sólo cuando la voluntad humana se armoniza por completo y coopera con la voluntad de Dios, es poderosa y efectiva.

Además, en todo tiempo han existido entidades espirituales que se han comunicado con el hombre para transmitirle el conocimiento de las verdades eternas, o para recordárselas cuando estaba a punto de olvidarlas, y establecer así un fuerte lazo de unión entre el hombre intelectual y el hombre divino. Quienes son suficientemente puros, pueden, aun durante esta vida, comunicarse con estos mensajeros celestiales, pero pocos hombres son bastante puros y espirituales para lograrlo. Como quiera que sea, se ha de purificar y regenerar la voluntad y no la inteligencia y, por lo tanto, la mejor instrucción es inútil sin voluntad para practicarla; y, como nadie puede ser salvo contra su voluntad, el más íntimo anhelo del corazón ha de ser el conocimiento y la práctica de la verdad.

El hombre de recta voluntad poseerá la sabiduría y la verdadera fe, sin necesidad de signos externos o de razones lógicas para convencerle de que lo que sabe es cierto. Unicamente el presumido sabio del mundo exige pruebas, porque su corazón es vanidoso, su voluntad flaca y, por lo tanto, no posee conocimiento espiritual ni fe, sin lo cual sólo alcanza lo que percibe

por medio de los sentidos, mientras que los de mente pura y sincera llegan a inquirir la conciencia de las verdades que intuitivamente creyeron.

Todas las ciencias culminan en que quien conoce al UNO lo conoce todo y quien se figura saber muchas cosas es un iluso. Cuanto más te aproximes a este punto, cuanto más íntima sea tu unión con Dios, tanto más claramente percibirás la verdad. Si a este punto llegas, encontrarás que hay en la Naturaleza algo que trasciende al entendimiento de los filósofos, y acerca de lo que los cientistas no se atreven ni a soñar.

En Dios está la vida toda; fuera de Dios no existe vida alguna, y lo que parece vivir fuera de Dios es mera ilusión. Si deseamos saber la verdad, debemos contemplarla a la luz de Dios y no a la falsa y engañadora luz de la especulación intelectual. No hay otro camino para llegar al perfecto conocimiento de la verdad que la unión con la verdad misma; y, sin embargo, muy pocos conocen este camino. El mundo se burla de quien va por este camino; pero el mundo no conoce la verdad, porque es un mundo de ilusiones, lleno de ciegos ante la luz de la verdad.

Callar tranquilo e impasible ante la risa del necio, el desdén del ignorante y el desprecio del orgulloso, es la primera señal de que despunta la aurora de la luz de la sabiduría. Sin embargo, una vez plenamente conocida la verdad, es capaz de resistir aun al escrutinio intelectual más sereno y a los ataques de la lógica más potente. Sólo las inteligencias de quienes presienten la verdad, pero que todavía no la conocen, pueden quedar trastornadas por la sacudida. Los que conocen y comprenden la verdad, permanecen firmes como una roca.

Mientras busquemos el halago de los sentidos o la satisfacción de la curiosidad, no encontraremos la verdad. Para encontrarla hemos de entrar en el reino de Dios, y entonces descenderá la verdad a nuestra mente. No es necesario para ello que torturemos el cuerpo ni que estrujemos nuestros nervios, pero sí es necesario saber ciertas verdades fundamentales, que intuitivamente perciben quienes no tienen pervertida la inteligencia. Estas verdades fundamentales son: la existencia de un Dios universal, fuente de todo bien y la inmortalidad del alma humana. Posee el hombre facultad racional y, por lo tanto, tiene el derecho y el deber de usarla, aunque nunca en oposición con la ley del bien, con la lev del amor divino, la ley del orden y de la armonía. No debe abusar de los naturales dones que Dios le ha concedido y ha de considerar todas las cosas como dones divinos, y su cuerpo como templo viviente de Dios e instrumento de manifestación del divino poder.

Un hombre independiente de Dios es inconcebible; porque la Naturaleza entera, incluso el hombre, es mera manifestación de Dios. Si la luz nos alumbra, no es por obra nuestra, sino que procede del sol; pero si nos ocultamos del sol, la luz desaparece. Dios es el sol del espíritu y debemos permanecer iluminados por sus rayos, gozar de su influjo y exhortar a los demás a que entren en la luz. No hay inconveniente en procurar conocer la luz intelectualmente si nuestra voluntad hacia ella se dirige, pero si la voluntad queda atraída por una luz falsa y la toma por la del Sol, caerá necesariamente en el error.

Existe una relación definida y exacta entre todas las cosas y su causa. Puede el hombre, aun en esta vi-

da, conocer dichas relaciones, aprendiendo a conocerse a sí mismo. El mundo en que vivimos es un mundo de fenómenos ilusorios, puesto que todo lo que se acostumbra llamar "real" sólo lo parece durante ciertas condiciones o relaciones entre el que percibe y el objeto de percepción.

Lo que percibimos no depende tanto de la cosa en sí misma, como de las condiciones de nuestro organismo. Si nuestra organización fuese diferente, percibiríamos las cosas bajo un aspecto también diferente.

Cuando por completo comprendamos esta verdad y distingamos entre lo real y lo ilusorio, podremos entrar en el reino de la ciencia suprema, asistidos por la luz del espíritu divino. Los misterios de esta suprema ciencia son:

- 1º El reino interior de la Naturaleza.
- 2º El lazo que une al mundo interno espiritual con las formas corpóreas externas.
- 3º Las relaciones existentes entre el hombre y los seres invisibles.
- 4º Las potencias ocultas en el hombre por medio de las cuales puede obrar en el reino interior de la Naturaleza.

Esta ciencia abarca todos los misterios de la Naturaleza. Si con puro corazón deseas la verdad, la encontrarás; pero si tus intenciones son egoístas, no leas estas cartas, porque no serás capaz de comprenderlas, ni te allegarán el menor beneficio.

Los misterios de la Naturaleza son sagrados, pero no los comprenderá el malvado, y si logra descubrirlos, su luz se convertirá en fuego consumidor de su alma, y lo aniquilará.

#### III

#### VERDAD ABSOLUTA Y RELATIVA

Toda la ciencia del mundo se funda en la hipótesis de que las cosas son efectivamente como parecen ser; y, sin embargo, poco se necesita pensar para comprender lo erróneo de la suposición, puesto que la apariencia de las cosas no depende meramente de lo que son en sí mismas, sino también de nuestra organización y de la índole de nuestras facultades perceptivas. El mayor obstáculo que en el camino del progreso encuentra el estudiante de las ciencias ocultas es la creencia errónea de que las cosas son lo que parecen ser, y a menos de que pueda trascender este error y considerar las cosas, no desde el relativo punto de vista de su limitado ego, sino desde lo Infinito y lo Absoluto, no será capaz de conocer la verdad absoluta. Antes de proseguir en nuestras instrucciones respecto al modo práctico de aproximarse a la Luz, será necesario que imprimas con más energía en tu mente el carácter ilusorio de los fenómenos

Todo cuanto el hombre conoce del mundo externo, lo ha aprendido por efecto de las impresiones que llegan a su conciencia por medio de los sentidos. Comparando las impresiones repetidamente recibidas y tomando el resultado de la comparación como base para especular acerca de lo que no conoce, puede formar ciertos juicios referentes a cosas que trascienden a su

sensoria facultad perceptiva; pero dichos juicios sólo serán válidos respecto a quien los forma y de quienes se hallen constituídos lo mismo que él; pero en cuanto a los demás seres cuyas organizaciones difieren por completo de la suya, sus argumentos y especulaciones lógicas, no tienen valor alguno, y pueden existir en el universo incalculables millones de seres de organización superior o inferior a la nuestra, pero por completo distinta, quienes perciban las cosas bajo un aspecto muy diferente. Tales seres, aun viviendo en nuestro mismo mundo, pueden no conocer nada de este mundo que es el único concebible para nosotros: y podemos no saber nada intelectualmente acerca de su mundo, a pesar de ser éste uno e idéntico con el en que vivimos. Para percibir su mundo, necesitamos suficiente energía para desechar los errores y preocupaciones heredados y adquiridos; debemos ascender a un nivel superior al del yo inferior que está atado al mundo sensorio por mil cadenas, y ocupar mentalmente el punto desde donde podamos contemplar el mundo bajo un aspecto superior. Debemos morir por decirlo así, o sea, vivir inconscientes de nuestra existencia personal hasta adquirir la conciencia de la vida superior y mirar el mundo desde el punto de vista de un dios.

Por lo tanto, la ciencia moderna es sólo relativa, lo cual equivale a decir que nuestros sistemas científicos enseñan únicamente las relaciones entre las cosas externas y mutables y una cosa tan transitoria e ilusoria como la personalidad humana, que no es más que el aspecto externo de una actividad interna, acerca de la cual nada sabe la ciencia académica. Los tan alabados y encomiados conocimientos científicos son

superificiales, y sólo se refieren a uno de los infinitos aspectos por medio de los cuales se manifiesta Dios.

La ignorancia ilustrada cree que su manera especial de considerar el mundo de los fenómenos es la única verdadera, y se aferra desesperadamente a estas ilusiones, que toma por únicas realidades, y a quienes comprenden que son ilusiones los tilda de soñadores; pero mientras se mantenga adherida a estas ilusiones, no las trascenderá y continuará siendo una ciencia ilusoria, incapaz de comprender el carácter verdadero de la Naturaleza, y en vano pedirá pruebas de la existencia de Dios si cierra sus ojos a la eterna luz

Sin embargo, no le pedimos a la ciencia moderna que se coloque en el plano del Absoluto, porque cesaría de ser relativa respecto al mundo exterior y no tendría valor alguno. Se ha admitido que los colores no tienen realidad por sí mismos, sino que provienen de cierto número de ondulaciones lumínicas; pero esto no impide, en manera alguna, la fabricación de colores y su útil empleo. En cuanto a las demás ciencias de observación sensoria, les convienen análogos argumentos, sin que vayan contra los trabajos de investigación, sino que sirven para instruír a quienes no se satisfacen con el conocimiento superficial y externo, y para moderar, si es posible, la presunción de cuantos creen saberlo todo, y que, esclavos de sus ilusiones, pierden de vista lo Eterno y Real, cuya existencia niegan.

No es el cuerpo físico quien siente, razona y piensa, sino el invisible hombre interno, por medio de los órganos corporales. No hay razón alguna para creer que el hombre interno cesa de existir cuando el cuerpo

muere; por el contrario, como veremos después, es irrazonable suponer que también muera. Pero si el hombre interno pierde, con la muerte del organismo físico, la facultad de recibir impresiones del mundo externo; si la pérdida del cerebro le impide pensar. cambiarán por completo las relaciones, mediante las cuales permanecía en el mundo, y las condiciones de su existencia serán por completo distintas. Su mundo no será nuestro mundo, aunque en el sentido absoluto de la palabra ambos mundos son sólo uno. Así es que con este nuestro mundo pueden coexistir un millón de mundos diferentes, con tal de que exista un millón de seres cuyas constituciones difieran unas de otras, es decir, que sólo existe una naturaleza, pero puede aparecer bajo un número infinito de aspectos. En cada uno de los cambios de nuestra organización el mundo se nos presenta en distinto prisma. Al morir entramos en un mundo nuevo, aunque no cambia el mundo, sino nuestras relaciones con él.

¿Qué sabe el mundo de la verdad absoluta? ¿Qué sabemos? Sol, luna, tierra, fuego, aire, agua, sólo tienen existencia real con relación a nosotros, mientras nos hallamos en un estado de conciencia, durante el cual creemos que existen. En el reino de los fenómenos no existe la verdad absoluta; ni siquiera en las matemáticas la encontramos, puesto que todos sus teoremas son relativos y se fundan en ciertas hipótesis referentes a la magnitud y la extensión, que de por sí son de carácter fenoménico. Si se alteran los conceptos fundamentales de las matemáticas, se alterarán estas ciencias. Lo mismo cabe decir de nuestro concepto de la materia, movimiento y espacio. Estas palabras expresan los conceptos que acerca de cosas inconcebi-

bles ha formado el hombre, según el estado de su conciencia.

Si miramos un árbol, se forma en nuestra mente una imagen, lo cual equivale a decir que entramos en un estado de conciencia que nos relaciona con un fenómeno de cuya verdadera índole nada sabemos, pero al que llamamos árbol. Para un ser diferente del hombre podrá ser lo que nosotros llamamos árbol, algo enteramente diferente, quizás transparente y sin solidez material; y a millares de seres, cuyas constituciones difieran unas de otras, les parecerá bajo mil aspectos distintos. Podemos nosotros ver en el Sol solamente un globo de fuego; pero un ser de superior facultad comprensiva podrá ver en lo que nosotros llamamos sol algo para nosotros indescriptible; porque careciendo de las facultades necesarias para percibirlo en su realidad, no podemos concebirlo.

El hombre externo guarda cierta relación con el mundo externo, y sólo puede conocer del mundo esta relación externa. Alguien objetará que debemos contentarnos con este relativo conocimiento sin profundizarlo. Sin embargo, esto impediría todo progreso ulterior, condenándonos a permanecer sumidos en el error y en la ignorancia; porque el mero conocimiento de ilusiones externas es ilusorio. Además, el aspecto externo de las cosas es consecuencia de una actividad interior, v a menos de conocer el verdadero carácter de esta actividad interna, no podremos comprender el carácter verdadero del fenómeno externo. Por otra parte, el hombre real e interno, que reside en la forma externa, mantiene ciertas relaciones con la actividad interna del Cosmos, las cuales no son menos estrictas y definidas que las existentes entre el hombre externo

y la naturaleza externa, y a menos de que el hombre conozca sus relaciones con **Dios**, jamás comprenderá su naturaleza divina ni alcanzará el verdadero conocimiento de sí mismo. Mostrar la verdadera relación entre el hombre y el TODO, y elevarle al excelso plano de existencia que debe ocupar en la Naturaleza, es el único y verdadero objeto de la religión verdadera y de la verdadera ciencia. El que un hombre haya nacido en cierta familia o en cierta ciudad no indica en manera alguna que haya de permanecer allí durante toda su vida; y análogamente, el que esté en inferior condición física, moral o intelectual, no entraña la necesidad de que permanezca siempre en tal estado, y no pueda elevarse a mayores alturas.

La ciencia suprema tiene por objetivo el superior conocimiento de Dios y sólo podemos saber de Dios la manifestación de Su actividad en nuestro interior. El conocimiento del Yo equivale al conocimiento de nuestra divina naturaleza. Entonces el Yo interno reconocerá sus relaciones con el divino Principio del universo, si cabe hablar de **relaciones** entre dos cosas idénticas. Para expresarnos con más corrección, deberíamos decir que el hombre se conoce espiritualmente a sí mismo cuando conoce que Dios mora en su interior.

Toda facultad física o mental proviene del espíritu. Por la actividad espiritual percibe el hombre con sus sentidos corporales. En la mayor parte de los hombres la interna fuerza espiritual sólo ha despertado la potencia intelectual y los sentidos exteriores. Pero hay hombres excepcionales, en quienes la actividad espiritual alcanza un grado mucho mayor, y han desenvuelto las facultades internas de percepción. Tales hombres perciben lo que para los demás es imperceptible, y ejercitan facultades que aún están latentes en

el resto de los mortales. Si los cientistas presencian un caso práctico de percepción superior, lo achacan a un estado morboso del cuerpo, pues la ciencia académica nada sabe de las leyes fundamentales de la Naturaleza, y confunde las causas con los efectos y los efectos con las causas. Con igual razón, podría un rebaño de carneros, si uno de ellos hubiese obtenido la facultad de hablar, creer que su compañero estaba enfermo. Así, la sabiduría es locura para el loco; la luz, tinieblas para el ciego; la virtud, vicio para el vicioso; la verdad, embuste para el falso, y en todo vemos que el hombre no percibe las cosas tal cual son, sino tal como las imagina.

Todo cuanto los hombres llaman bueno o malo, verdadero o falso, útil o inútil, etc., es relativo a su limitada percepción, y de aquí la diversidad de opiniones, conceptos y juicios sobre un mismo objeto de percepción. Por esto el lenguaje va acompañado de la confusión, puesto que diferenciándose siempre en algo las diversas constituciones de los hombres, cada cual percibe las cosas de distinto modo. Esta verdad es todavía más evidente en las cuestiones de ocultismo, sobre las cuales la mayor parte de los hombres tienen ideas falsas, y una sola máxima o aforismo oculto suscitaría disputas o falsas interpretaciones. Las únicas verdades que se hallan fuera del alcance de toda disputa son las absolutas, que no necesitan demostración por lo axiomáticas, y expresarlas por medio del lenguaje equivale a decir lo que todo el mundo sabe y nadie niega. Decir, por ejemplo, que Dios es causa de todo bien, equivale sencillamente a simbolizar el origen desconocido de todo bien con la palabra "Dios".

Las verdades relativas conciernen únicamente a la transitoria personalidad, y sólo puede conocer la

verdad absoluta quien trascendiendo el yo inferior y el fenómeno llega a la región de lo real, eterno e inmutable. Quien esto logra, muere para el mundo, o lo que es lo mismo, desecha por completo la noción del yo personal e ilusorio y se une con Dios, en cuyo seno no existe el menor sentimiento de separación. Si estás dispuesto a morir así, puedes entrar en el santuario de la ciencia oculta; pero si te atraen las ilusiones del mundo objetivo, y sobre todo la ilusión de tu personalidad, en vano buscarás el conocimiento de Aquello que existe por sí mismo, independiente de toda relación, y es el eterno centro del cual todo procede y al cual todo vuelve; el flamígero centro, el Padre, a quien sólo puede acercarse el Hijo, la Luz, la Vida y la Verdad Suprema.

#### IV

#### LA DOCTRINA SECRETA

El fundamento de la Doctrina Secreta, del que resulta el conocimiento de los más profundos misterios del universo, es tan sencillo que puede comprenderlo un niño, pero por su misma sencillez lo desdeñan quienes gustan de lo complicado e ilusorio. Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. El conocimiento práctico de esta verdad es todo cuanto se requiere para entrar en el templo donde se adquiere la sabiduría divina.

No podemos conocer la causa de todo bien, a menos de aproximarnos a ella; y no podemos aproximarnos a ella, a menos que la amemos y nuestro amor nos lleve a ella. No podemos amarla sin sentirla, y no podremos sentirla si no existe en nosotros mismos. Para amar al bien, debemos ser buenos; para amar el bien sobre todas las cosas, debe prevalecer el sentimiento de verdad, justicia y armonía; debemos cesar de vivir en la esfera del vo inferior, que es la del mal, y vivir en el seno del elemento divino de la humanidad. Debemos amar lo divino en la humanidad, tanto como a lo divino en nuestro interior. Una vez alcanzado este supremo estado con olvido completo de la personalidad, nos uniremos por amor con Dios, y no habrá en los cielos ni en la tierra secreto alguno inescrutable para nosotros.

¿Qué es el conocimiento de Dios, sino el conocimiento del bien y del mal? Dios es la causa de todo bien, y el bien es el origen del mal. El mal es la reacción del bien, como las tinieblas son la reacción de la luz. El fuego divino de que procede la luz no causa la menor obscuridad, pero la luz que irradia del flamígero centro no puede manifestarse sin la presencia de las tinieblas, así como la presencia de la luz da a conocer las tinieblas.

Existen, por consiguiente, dos principios: el principio del bien y el principio del mal. Ambos brotan de la misma raíz, en la cual no existe el mal, pues sólo reside en ella el bien absoluto e inconcebible. Es el hombre producto de la manifestación del principio del bien y únicamente en el bien puede encontrar la felicidad, puesto que la condición que necesita todo ser para ser feliz es vivir en el elemento pertinente a su naturaleza. Los nacidos en el bien, serán felices en el bien; los nacidos para el mal, sólo desearán el mal. Los nacidos en la luz, buscarán la luz, y los nacidos en tinieblas, buscarán las tinieblas. Como quiera que el hombre es hijo de la luz, no será feliz mientras haya en su naturaleza un asomo de tinieblas. El hombre, cuyo principio fundamental es el bien, no encontrará la paz mientras exista en su interior una chispa de mal.

El alma del hombre es a manera de un jardín donde están sembradas infinito número de semillas diferentes de que pueden brotar plantas bellas y saludables o feas y nocivas. La voluntad es el fuego del que estas plantas reciben el calor necesario para medrar. Si la voluntad es buena, brotarán plantas bellas; si es mala, plantas deformes. El principal objeto de la

existencia del hombre en la tierra es la purificación y cultivo de la voluntad hasta convertirla en recia potencia espiritual. El único medio para purificar la voluntad es la acción, y para lograrlo todas nuestras acciones han de ser buenas, hasta que el obrar bien se convierta en costumbre, y se transmute todo maligno deseo.

De qué te aprovecharía conocer el misterio de la Trinidad y hablar sabiamente de los atributos del Logos, si en el altar de tu corazón no ardiese el fuego del amor divino, y si la luz de Cristo no brillase en tu templo? Tu mente, abandonada por el vivificante espíritu, perecerá, y tú con ella, si no arde en tu corazón la llama del amor espiritual. Si no amas el bien, más te vale permanecer en la ignorancia, porque así pecarás por ignorancia, y no serás responsable de tus actos; pero quienes conocen la verdad y la desprecian, por su mala voluntad, han de sufrir, porque cometen, a sabiendas, el imperdonable pecado contra la verdad espiritual. Al verdadero Rosacruz, en cuyo corazón arde el fuego del divino amor al bien, la Luz le iluminará la mente, le inspirará buenos sentimientos y le moverá a buenas acciones. No necesitará que ningún mortal le enseñe la verdad, porque el espíritu de sabiduría será su verdadero Maestro.

Todas las ciencias y artes profanas son pueriles ante la excelencia de la sabiduría divina. La ciencia del mundo carece de valor permanente, pero la sabiduría divina es eterna, y requiere ir acompañada del amor divino, porque de la unión de la sabiduría con el amor procede el poder espiritual. Quien no conoce el amor, no conoce a Dios, porque Dios es amor. Y por esto dijo San Pablo que aunque penetremos todos los misterios, poseamos todas las ciencias y hagamos buenas

obras, nada somos sin el amor divino, pues únicamente por el amor conquistaremos la inmortalidad.

¿Qué es el amor? Un poder universal, dimanante del centro creador del universo. En los reinos elemental y mineral es atracción; en el reino vegetal es rudimentario instinto; en el animal es instinto completo; en el humano es pasión, capaz de transmutarse en dirección a su divino origen o de pervertirse en la abyección. En el reino superhumano, el amor se transmuta en consciente y vivo poder espiritual. En la mayoría de los hombres el amor es un sentimiento pasional; pero capaz de guiar o extraviar a la humanidad. Podemos amar o no una cosa, pero este amor no penetra en las honduras del alma del objeto amado. El amor divino es un don del espíritu residente en nuestro interior; es resultado de nuestra evolución espiritual, y nadie puede sentirlo si no ha llegado a la cumbre de la espiritualidad. Pero el superhombre sabe que es un omnipenetrante poder que brota del centro del corazón y penetra en el corazón del amado, y aviva los gérmenes de amor allí latentes. A este Amor espiritual llámale, si te parece mejor, Voluntad espiritual, Vida espiritual, Luz espiritual, pues es todo esto y mucho más; porque todos los poderes espirituales brotan de un solo centro eterno, y culminan en un poder a manera de cúspide de multilateral pirámide. A este punto, a este poder, a este centro, a esta luz, a esta vida, a este todo se le llama Dios, la Causa de todo bien, aunque la palabra Dios nada significa para quienes no la comprenden, y ni siquiera pueden concebirla, pues no sienten ni conocen a Dios en sus corazones.

¿Cómo obtener este poder espiritual de amor, de buena voluntad, de luz y vida eterna? No podemos amar una cosa si no es buena; no podemos conocer si una cosa es buena o mala sin sentirla; no podemos sentirla sin relacionarnos con ella; no podemos relacionarnos si no la amamos, y giraríamos eternamente en un círculo vicioso, sin llegar jamás a la eterna verdad, si no fuera por la influencia continua del Sol Espiritual de Verdad, que en el centro del corazón humano enfoca sus rayos, y atrayéndolo instintiva e inconscientemente transforma el movimiento circular en espiral, y mediante la "Luz de Gracia", acerca a los hombres al Centro espiritual a pesar de sus propias inclinaciones.

Se ha dicho que la inclinación del hombre hacia el mal es más poderosa que la que experimenta hacia el bien, y esto es indudablemente cierto, puesto que en el presente estado de evolución son todavía muy intensas las actividades y tendencias animales del hombre, mientras que sus principios superiores no se han desarrollado lo suficiente para enaltecer la conciencia. Pero aunque las inclinaciones animales del hombre son más enérgicas que sus potencias espirituales, la luz eterna y divina que le atrae hacia el centro es mucho más poderosa, y a menos de que el hombre se resista al poder del amor divino y propenda al mal, lo atraerá continua e inconscientemente el centro de amor. Por lo tanto, aunque hasta cierto punto es el hombre víctima inerme de potestades invisibles, es por virtud del uso de su razón un agente libre; pero hasta que su razón sea perfecta no podrá ser completamente libre, y únicamente puede perfeccionar su razón vibrando en armonía con la Razón divina. Por lo tanto, el hombre sólo puede llegar a ser completa mente libre obedeciendo a la Ley.

Sólo hay una Razón suprema, una Ley suprema, una Sabiduría suprema, es decir, un solo Dios, el punto culminante de todos los poderes, tanto espirituales como físicos del Universo; el Centro único, del cual todas las cosas, todas las actividades, todos los atributos, facultades, funciones y principios proceden y en el que todos han de culminar. El hombre puede esperar la realización de sus anhelos si obra en armonía con la ley universal, puesto que la teoría universalmente reconocida de la supervivencia del más apto, y la verdad axiomática de que el fuerte prevalece contra el débil, son tan ciertas en el reino del espíritu como en el reino de la materia. Una gota de agua no puede fluir en dirección contraria a la de la corriente de que forma parte, ¿y qué es el hombre, con toda su vanidad y presunción de sabiduría, sino una gota del océano de la vida universal?

Para obedecer a la Ley, es necesario conocerla; pero ¿en dónde cabe conocer la verdadera ley y distinguirla de la falsa, más que en el estudio de la naturaleza espiritual y material? El ocultista sólo necesita estudiar un libro que contiene por entero la Doctrina Secreta, con todos los misterios, unicamente conocidos de los Iniciados. Es un libro que jamás ha sufrido falsificaciones ni traducciones erróneas ni fraudes piadosos ni interpretaciones absurdas; y que está al gratuito alcance de todos y todos pueden comprenderlo sin distinción de idiomas. El título de este libro es M., que significa: El Macrocosmos y el Microcosmos, compendiados en un volumen. Para leer este libro correctamente se han de emplear, a un tiempo, la vista de la mente y la del espíritu. Si tan sólo ilumina sus páginas la fría luz de la luna, la luz del cerebro, parecerán muertas, y aprenderemos únicamente la letra impresa; pero si las alumbra la luz divina del amor que irradia del centro del corazón, se vivificarán; y rotos los siete sellos que cierran algunos de sus capítulos se levantará velo tras otro, y conoceremos los divinos misterios que oculta el Santuario de la Naturaleza.

Sin la divina luz del amor, es inútil escrutar en las tinieblas el profundo misterio. Quienes estudian la Naturaleza a la luz externa de los sentidos, sólo conocerán de ella su máscara y en vano pedirán que se les revelen los misterios que únicamente con la luz del espíritu cabe desentrañar, porque la luz del espíritu brilla eternamente en las tinieblas, pero las tinieblas no la comprendieron.

¿En dónde encontrar esta luz del espíritu más que en nuestro espíritu? El hombre sólo puede conocer lo que en su interior existe. No puede percibir realmente objeto alguno, sino únicamente sus imágenes y experimentar las sensaciones producidas en su conciencia por los objetos exteriores. Todo cuanto posee el hombre, excepto su aspecto externo, es un epítome, una imagen, una contraparte del universo. El hombre es el microcosmos, y en él está en germen, o más o menos desarrollado, todo cuanto la Naturaleza contiene. En él residen Dios, Cristo y el Espíritu Santo. En él están la Trinidad, los elementos de los reinos mineral, vegetal, animal y espiritual, el cielo, el infierno y el purgatorio; todo en él está contenido, porque es imagen de Dios, y Dios es la Causa de todo lo existente, y nada existe que no sea manifestación y substancia de Dios.

El universo y todo cuanto contiene es manifestación de la Causa o Poder Supremo, a que los hombres llaman "Dios". Para estudiar las manifestaciones de este Poder, hemos de estudiar las impresiones que produce en nuestro interior. Sólo podemos conocer lo que en nuestro interior existe; y, por lo tanto, aun el estudio de la naturaleza externa no es ni puede ser nada más que el estudio del Yo, es decir, el estudio de las sensaciones internas producidas por causas externas. Sólo puede el hombre conocer realmente lo que en su interior percibe, y todos los llamados conocimientos de las cosas exteriores son meras especulaciones e hipótesis o a lo sumo verdades relativas.

Por lo tanto, los que buscan un Dios externo, mientras niegan a Dios en su corazón, le buscarán en vano. Quienes dicen que adoran a un desconocido rev de la creación y sofocan el recién nacido en la cuna de su corazón, adoran una ilusión. Si deseamos conocer a Dios y obtener la Sabiduría Divina, hemos de estudiar la actividad del Divino Principio en nuestro interior, escuchar su voz con el oído en la mente y leer sus palabras con la luz de su amor divino, porque el único Dios del que puede el hombre conocer algo, es su propio Dios individual, idéntico al Dios del Universo. El Dios universal se individualiza o encarna en el hombre y el hombre se convierte en Dios cuando obtiene el perfecto conocimiento de su propio Ego divino, es decir, cuando Dios ha logrado en el hombre el conocimiento de sí mismo.

No puede, por lo tanto, haber Sabiduría Divina sin el conocimiento del Ego, y quien lo conoce es sabio. No presuman los cientistas y teólogos de conocer su divino Ego. Si lo conociesen poseerían poderes divinos, a que los hombres llaman sobrenaturales, porque son rarísimos entre la humanidad. Si los hombres se conociesen a sí mismos, no necesitarían predicadores ni doctores, ni libros, ni instrucciones. Bastaríales su Dios Interno. Pero la sabiduría profana no es de Dios. Procede de libros y fuentes externas y falibles. La conciencia del yo soy yo, que el hombre ordinario experimenta, no es la del yo personal que ha de perecer antes de que el divino Ego se conozca a si mismo. Los hombres no conocen bien su yo personal, porque su conocimiento los horrorizaría. La envidia, codiciá, lujuria, gula, ira y demás pasiones siniestras dominan a la generalidad de los hombres, y constituyen los elementos ilusorios de su yo personal. Unicamente es inmortal en el hombre el Espíritu divino, y tan sólo los elementos perfectos y puros que se unan al espíritu, continuarán viviendo en él y por medio de él.

El Ego divino no experimenta el sentimiento de separación que domina al yo personal, ni distingue entre sí mismo a los demás seres humanos, pues se reconoce el mismo en todos ellos. El Ego es el Dios a quien unicamente puede conocer el que se ha divinizado. Es el Cristo que jamás puede ser comprendido por el Anticristo, que lleva en la frente el signo de la Bestia, símbolo de la inteligencia sin la espiritualidad o la ciencia sin amor divino. Este Dios únicamente puede conocerlo la verdadera Fe, sabiduría espiritual. que penetra hasta el centro ardiente de amor que en nuestro corazón existe. Es el centro de Amor, de Vida y Luz, el origen de todos los poderes. En él laten contenidos todos los gérmenes y misterios de la revelación divina; y si encuentras la luz que de aquel centro irradia, no necesitarás más enseñanzas, pues habrás encontrado la vida eterna y la verdad absoluta.

El gran error de nuestra época intelectual es creer que cabe llegar al conocimiento de la verdad por mera falso, porque si bien el conocimiento teórico del ocultismo ha de preceder a la práctica, de nada sirve la teoría si no la confirma la experiencia. ¿De qué servirá hablar del amor sin sentir la influencia divina del amor? ¿De qué le servirá hablar de la sabiduría al ignorante? Nadie puede ser artista, militar o político con mera erudición libresca. Así tampoco el poder espiritual puede obtenerse por mera especulación, sino que requiere práctica. Para conocer el bien, hemos de pensar y obrar bien; para poseer sabiduría, hemos de ser sabios. El amor no expresado en obras no es válido. La caridad puramente ideal de nada sirve. Es necesario concretarla en acción. Toda acción provoca la reacción. Por lo tanto, la práctica de buenas acciones

robustecerá nuestro amor al bien, y a su vez el amor

al bien se manifestará en buenas acciones.

especulación científica, filosófica o teológica. Esto es

Quien obra mal, porque no sabe obrar bien, es digno de compasión; pero quien sabe obrar bien, y conoce que está obligado a obrar bien, y sin embargo obra mal, merece condenación. Por lo tanto, toda enseñanza referente a la vida superior es peligrosa para quien, sabiendo distinguir entre el bien y el mal, escoge el sendero del mal, porque entonces su responsabilidad es mucho mayor. Estas cartas no se hubieran escrito si no cupiera la esperanza de que alguien no se contraería a comprenderlas intelectualmente, sino que entraría en el camino práctico, cuya puerta es el conocimiento del Yo, que conduce a la unión con Dios. v cuya primera consecuencia es el reconocimiento de la Fraternidad Universal de la Humanidad.

#### V

#### LOS ADEPTOS

En tu contestación a mi carta última has manifestado que el exponente de espiritualidad (intelectualidad y moralidad combinadas) exigido por nuestro sistema de filosofía, es demasiado sublime para que lo alcance el hombre, y dudas de que alguien lo haya logrado. Permite que te diga que muchos a quienes la Iglesia Cristiana llama santos, y otros que no han pertenecido a esta Iglesia y a quienes se suele llamar "paganos", alcanzaron poderes espirituales que les permitieron llevar a cabo extraordinarias cosas, llamadas milagros.

Si examinas las vidas de los santos, encontrarás muchos incidentes grotescos, fabulosos y falsos, puesto que quienes escriben las leyendas conocen poco o nada las leyes misteriosas de la Naturaleza. Relatan hechos auténticos o apócrifos; pero incapaces de explicarlos, los atribuyeron a causas de su caprichosa invención. Pero entre tanta escoria, encontrarás algo de verdad, lo que demuestra que la mente de personas incultas puede estar iluminada por la sabiduría divina, si la persona vive pura y santamente. Verás cómo en muchas ocasiones frailes y monjas pobres e ignorantes, y según el mundo, sin instrucción ninguna, alcanzaron tal sabiduría, que papas y reyes los consultaron en asuntos importantes, y muchos de ellos lo-

graron el poder de abandonar sus cuerpos físicos para visitar lugares distantes en sus cuerpos sutiles, y materializarse en puntos remotos. Tan numerosos han sido estos casos que dejan de parecer extraordinarios. En la Vida de Santa Catalina de Sena, en la de San Francisco Javier y en las de muchos otros santos encontrarás la descripción de semejantes incidentes. La historia profana abunda también en narraciones referentes a hombres y mujeres extraordinarios, y me limitaré a recordarte la historia de Juana de Arco, que poseyó dones espirituales, la de Jacobo Boehme, el inculto zapatero iluminado por la sabiduría divina.

No cabe nada más absurdo que disputar sobre estos puntos con un escéptico o materialista que niega su posibilidad. Equivale a disputar acerca de la existencia de la luz con un ciego de nacimiento, pues un tribunal de ciegos no puede fallar sobre si existe o no la luz. Sin embargo, ha existido y existe, y aunque podemos dar a los ciegos idea de la luz, no se lo podemos probar mientras permanezcan ciegos a la razón y a la lógica.

En muchos países ha degradado a las gentes la civilización moderna, hasta el punto de que todos los afanes se cifran en el dinero como medio de satisfacer sus apetitos pasionales. Sin embargo, las gentes pasionales no son felices. Viven inquietas y ansiosas, corriendo siempre tras ilusiones que se desvanecen al tocarlas, o que suscitan deseos más violentos hacia otras ilusiones.

Pero afortunadamente hay otros en quienes la centella divina de espiritualidad no está velada por la niebla del materialismo, y en algunos la centella se ha convertido en llama por el soplo del Espíritu Santo, e ilumina sus mentes y esclarece sus cuerpos físicos de modo tal, que aun al somero observador advierte el extraordinario carácter de dichas personas.

Las hay en distintas partes del mundo, y constituyen una Fraternidad que pocos conocen ni conviene divulgar noticias de ella, porque excitarían la envidia y cólera de los ignorantes y malvados, poniendo en actividad una fuerza hostil contra ellos.

Sin embargo, como deseas conocer la verdad, no por curiosidad trívola, sino para andar su camino, me es permitido darte las noticias siguientes:

Los Hermanos de quienes hablamos viven desconocidos del mundo: la historia nada sabe de ellos, y
sin embargo, son la flor de la humanidad. Cuando se
hayan convertido en polvo los monumentos erigidos
en honor de los conquistadores; cuando hayan desaparecido reinos y tronos, vivirán todavía estos elegidos.
Llegará tiempo en que el mundo se convenza de la
inanidad de lo ilusorio, y tan sólo estime lo digno de
aprecio. Entonces se conocerá la existencia de los
Hermanos y se apreciará su sabiduría. Los nombres
de los magnates de la tierra están inscritos en el polvo. Los de éstos, Hijos de la Luz, inscritos están en
el Templo de la Eternidad. Te daré a conocer a estos
Hermanos y podrás ser como ellos.

Estos Hermanos están iniciados en los misterios de la religión, pero no pertenecen a ninguna sociedad secreta, como las que profanan lo sagrado, con ceremonias externas, y cuyos miembros presumen de iniciados. ¡No! Unicamente el espíritu de Dios puede iniciar al hombre en la Sabiduría Divina e iluminar su mente. El hierofante sólo puede guiar al candidato al altar en que arde el fuego divino; pero el candidato

ha de llegar por su propio pie al altar, y si desea ser iniciado, debe hacerse digno de los dones espirituales, y beber en la fuente que para todos existe y de la cual únicamente queda excluído el que a sí mismo se excluye.

Mientras los ateos, materialistas y escépticos de la civilización moderna falsean la palabra "filosofía", con objeto de preconizar como sabiduría divina las lucubraciones de sus cerebros, los Hermanos viven tranquilamente bajo la influencia de una luz potente y construyen para el eterno espíritu un templo que permanecerá después de la destrucción de los mundos. Su labor consiste en cultivar las potencias del alma. No les afecta el torbellino del mundo ni sus ilusiones. Leen las letras vivientes de Dios en el misterioso libro de la Naturaleza. Reconocen y gozan de las armonías divinas del universo. Mientras los sabios del mundo rebajan a su nivel intelectual y moral todo lo sagrado y exaltado, estos Hermanos ascienden al plano de la luz divina, y encuentran en él todo cuanto en la Naturaleza es bueno, verdadero y bello. No se limitan a creer, sino que conocen la verdad por contemplación espiritual, por fe viva, y sus obras están en armonía con su fe, porque obran bien, por amor al bien y saben qué es el bien.

No creen que por la verbal profesión de una creencia sea un hombre cristiano verdadero, sino que para ello es necesario convertirse en Cristo, sobreponerse a la personalidad, y resumir en el seno del divino Ego todo cuanto existe en cielo y tierra. Es un estado inconcebible para quien no lo ha alcanzado. Significa una condición en que en el hombre es efectiva y, conscientemente es el templo donde con todo su poderío reside la Trinidad Divina. Unicamente en el radiante

principio a que llamamos Cristo, y que otras naciones conocen con otros nombres, podemos encontrar la verdad. Entra en esta luz, y conocerás a los Hermanos que en ella viven. Es el santuario de todos los poderes y medios llamados sobrenaturales, que proporcionan a la humanidad la energía necesaria para reanudar el lazo, hoy quebrantado, que en remotas épocas unía al hombre con la Fuente divina de que procede. Si los hombres reconociesen la dignidad de su alma y la posibilidad de sus latentes facultades, el deseo tan sólo de conocerse a sí mismos les infundiría respetuosa devoción.

Sólo hay un Dios, una verdad, una ciencia y un camino que a Dios conduce. A este camino se le llama religión, y por lo tanto, sólo existe una religión verdadera, aunque hay mil confesiones diferentes. Todo cuanto se necesita para conocer a Dios está en la Naturaleza. Todas las verdades que la suprema religión puede enseñar han existido desde el principio del mundo v existirán hasta que el mundo acabe. En todas las naciones del mundo ha brillado siempre la luz en las tinieblas, a pesar de que las tinieblas no la han comprendido. En algunos puntos la luz ha sido muy brillante y en otros menos, según la facultad receptiva del pueblo y la pureza de su voluntad. Donde hubo mucha receptividad, apareció con vivísimo resplandor y la percibieron más claramente las gentes. La verdad es universal y nadie puede monopolizarla. Los misterios más augustos de la religión, como la Trinidad, la Caída del hombre o descenso de la mónada humana, su Redención por amor, etc., se encuentran en los antiguos sistemas religiosos así como en los modernos. Su conocimiento es el conocimiento del universo, la Ciencia Universal, infinitamente superior

a las ciencias profanas que si bien alcanzan los ínfimos pormenores de la existencia, no llegan a comprender las universales verdades en que toda existencia se funda, y aun las desdeñan, porque sus ojos están ciegos a la luz del espíritu.

Las cosas externas pueden examinarse con la luz externa. Las especulaciones intelectuales requieren la luz de la inteligencia. Pero la luz del espíritu es indispensable para percibir las verdades espirituales, y una luz intelectual, sin iluminación espiritual, sumirá a los hombres en error. Quienes anhelan conocer verdades espirituales, han de buscar la luz en su interior, pues no la obtendrán por ceremonias externas. Unicamente cuando en sí mismos hayan encontrado a Cristo, serán cristianos.

Esta era la religión práctica, la ciencia y sabiduria de los antiguos sabios mucho tiempo antes de aparecer el Cristianismo. Era también la religión práctica de los primitivos cristianos, que estaban iluminados espiritualmente como verdaderos discípulos de Cristo. A medida que el Cristianismo se fue vulgarizando, se tergiversaron sus enseñanzas con falsas interpretaciones, y los símbolos sagrados perdieron su verdadera significación. Las organizaciones eclesiásticas inventaron ritos y ceremonias; y los fraudes eclesiásticos y un morboso misticismo usurparon el trono de la verdadera religión. Los hombres han destronado a Dios, y se han sentado en el trono. La ciencia de estos hombres no es sabiduría. Sus experiencias no van más allá que sus sensaciones corporales. Su lógica se funda en argumentos falsos. Jamás han conocido las relaciones entre el Infinito Espíritu y el hombre finito. Se arrogan poderes divinos e inducen a los hombres

a que vean en ellos la luz, que únicamente está en el Ego divino. Engañan a las gentes con falsas esperanzas, y les dan una falsa seguridad que conduce a la perdición.

Tal es la consecuencia del poderío material que las modernas iglesias han alcanzado. Demuestra la historia que según aumenta el poder material de una iglesia, disminuye su poder espiritual. Ya no puede decir que "no posee oro ni plata", ni tampoco es capaz de decir a un inválido, a un impedido: "Levántate y anda".

Decaerán los antiguos sistemas religiosos si no se les infunde nueva vida. Su ineficacia está evidenciada por la universal difusión del materialismo, escepticismo y libertinaje. No puede reavivarse la religión intensificando el poder y autoridad material del clero. Se le ha de infundir en su mismo centro. El amor es el poder central que da vida a todas las cosas y a todas pone en movimiento. Sólo por el amor puede una religión ser fuerte y duradera. Una religión fundada en el amor universal de la humanidad contendría los elementos de la religión universal.

A menos que el principio de amor sea prácticamente reconocido por la iglesia, no habrá en su seno verdaderos cristianos ni adeptos, y los poderes espirituales que los clérigos pretenden poseer existirán tan sólo en su imaginación. Cese el clero de las distintas denominaciones de excitar el espíritu de intolerancia, desista de invitar al pueblo a la guerra y a la sangre, a disputas y querellas. Reconozca que todos los hombres, pertenezcan a la nación que pertenezcan, y profesen la religión que profesen, tienen un mismo origen, y les aguarda un mismo fin, pues todos son esencial-

mente idénticos, diferenciándose meramente por sus condiciones externas. Cuando la iglesia anteponga el interés de la humanidad a sus intereses temporales, recobrará su poder interno y contará de nuevo con adeptos y santos. Recobrará los dones espirituales, y se reproducirán los milagros, más a propósito que todas las especulaciones teológicas para convencer a la humanidad de que más allá del reino sensible de la ilusión material existe un Poder Supremo universat y divino, y que se divinizan quienes con este Poder se

identifican.

La verdadera religión consiste en el reconocimiento de Dios, pero a Dios sólo se le puede conocer por medio de su manifestación, y aunque toda la naturaleza es una manifestación de Dios, el grado superior de esta manifestación es la divinidad en el hombre. Unir al hombre con Dios, deificarlo, es el fin de la religión, y el reconocer la divinidad en todo hombre es el medio para lograr aquel fin. El reconocimiento de Dios significa el reconocimiento del universal principio de amor divino. Quien reconoce plenamente este principio, abre sus sentidos internos, e ilumina su mente la sabiduría espiritual y divina. Cuando todos los hombres alcancen esta cumbre divina, la luz del espíritu iluminará al mundo como ahora lo alumbra la luz del sol. Entonces la sabiduría substituirá a la duda, la fe a la creencia, y el amor universal al amor personal. Entonces prevalecerán en la Naturaleza y en el hombre la majestad del Dios universal y la armonía de sus leyes. Y en las joyas que adornan el trono del Eterno, y que los Adeptos conocen, resplandecerá la Luz del Espíritu.

#### VI

#### EXPERIENCIAS PERSONALES

Existen en la Naturaleza innumerables misterios que desea el hombre descubrir. Es un error creer que existan ciertas sociedades en posesión de determinados secretos que si quisieran podrían comunicar a quienes no están espiritualmente evolucionados. Quien se figura que el verdadero saber puede obtenerse por favor, en lugar de desenvolvimiento espiritual, cesa de esforzarse en lograr su propio adelanto y se adhiere a una sociedad secreta o a una iglesia confesional con la esperanza de obtenerlo por gracia, pero sufre un desengaño.

En el verano de 1787, estando yo sentado en un banco de los jardines cercanos al castillo de Burg, en Munich, y pensando profundamente en lo anterior, vi a un extranjero de aspecto digno y respetable, vestido sin la menor pretensión, que se paseaba por un sendero del jardín. Algo había en él que atrajo mi atención; quizás fue la tranquilidad suprema de su alma, refleiada en sus ojos. Su cabello era gris, y su mirada tan bondadosa, que cuando pasó por delante de mí, instintivamente llevé la mano al sombrero, saludándome él también muy amable. Me sentí impulsado a seguirle y a hablarle, pero no teniendo la menor excusa para ello, me contuve, y el extranjero desapareció.

Al día siguiente, y poco más o menos a la misma hora, volví al mismo sitio, esperando encontrar de nuevo al extranjero. Estaba allí, sentado en un banco y leyendo un libro. No me atreví a interrumpirle. Paseé durante un rato por el jardín, y cuando volví, ya no estaba el extranjero. Sin embargo, había dejado encima del banco un libro, que me apresuré a recoger, esperando tener ocasión de devolvérselo, y con ello la de tratarle. Miré el libro, pero no pude leerlo, pues estaba escrito en caracteres caldeos. Sólo una breve sentencia que figuraba en la página del título estaba escrita en latín, la cual pude leer, y decía:

"Quien se levanta temprano en busca de la sabiduría, no habrá de ir muy lejos para encontrarla, porque la encontrará sentada ante su puerta".

Los caracteres en que estaba impreso el libro eran muy hermosos, de un rojo intenso, y estaba encuadernado con magníficas tapas azules con cierre de oro.

El papel era blanco finísimo, y tornasolado como el nácar. Las páginas despedían exquisita fragancia.

Tres días consecutivos fui a aquel lugar a las doce, con esperanza de encontrar al extranjero, pero en vano. Por fin di las señas de él a un guarda, y logré saber que se le veía con frecuencia a las cuatro de la mañana paseando por la orilla del Iser, cerca de una pequeña cascada, en un sitio llamado "el Prater". Fui allí al día siguiente, y me sorprendió verle leer otro libro parecido al que vo había encontrado. Me acerqué a él y ofrecí devolverle el libro, explicándole cómo había llegado a mis manos; pero me rogó que lo aceptase en su nombre, y lo considerase como regalo de un amigo desconocido. Le dije que no podía leer su con-

tenido, excepto el primer verso de la página primera; a lo cual contestó que todo cuanto decía el libro se refería a lo que aquella sentencia expresaba. Entonces le pedí que me explicase el contenido del libro.

Paseamos un rato por la orilla, y el extranjero me dijo muchas cosas importantes acerca de las leyes de la Naturaleza. Había viajado mucho y poseía un verdadero tesoro de experiencias.

Al salir el sol, dijo: "Voy a enseñarle algo curioso". Sacó del bolsillo un frasquito, y vertió en el río unas gotas del líquido que contenía, e inmediatamente las aguas del río comenzaron a brillar con todos los colores del arco iris, hasta una distancia de más de diez metros de la orilla. Algunos trabajadores de las inmediaciones se acercaron a contemplar el fenómeno. Uno de ellos padecía reuma. El extranjero le dio algún dinero y ciertos consejos, y le dijo que si los seguía, en tres días estaría bueno. El obrero le dio las gracias; pero el extranjero le contestó: "No me des a mí las gracias, dalas al Poder omnipotente del bien."

Entramos en la ciudad, y el extranjero me dejó, citándome para el día siguiente, pero sin decirme su nombre ni el lugar de su residencia. Le encontré de nuevo al día siguiente, y supe por él cosas tales, que sobrepujaron a cuanto podía figurarme. Hablamos de los misterios de la Naturaleza, y siempre que hablaba de la magnitud y grandeza de la creación, parecía estar poseído de sobrenatural entusiasmo.

Me sentí algo confuso y deprimido ante su sabiduría superior, y me maravillaba al pensar cómo podía haber adquirido sus conocimientos. El extranjero leyendo mis pensamientos, dijo: "Veo que no acaba de decidirse usted respecto a la especie de ser humano en qué clasificarme; pero le aseguro que no pertenezco a ninguna sociedad secreta, aunque conozco sus secretos. Ahora tengo algo que hacer; pero mañana le daré más explicaciones".

"¿Tiene usted negocios?" —exclamé yo—. "Desempeña usted algún cargo público?"

El extranjero respondió:

"Querido amigo, el que es bueno siempre encuentra en qué ocuparse, y el hacer el bien es el más alto empleo que puede desempeñar el hombre". Con esto me dejó, y no le vi más en cuatro días; pero a las cuatro de la mañana del quinto día me llamó por mi nombre, por la ventana de mi cuarto, y me invitó a dar un paseo. Me levanté, me vestí, y salimos. Me dijo entonces algo de su vida pasada, y entre ello, que cuando tenía unos veinticinco años había trabado conocimiento con un extranjero que le había enseñado muchas cosas y regalado un manuscrito que contenía notables enseñanzas. Me enseñó el manuscrito y lo leímos juntos. He aquí algunos extractos:

Nuevas Ruinas descubiertas del Templo de Salomón. — "Así como la imagen de un objeto puede verse en el agua, del mismo modo puede ver el sabio el corazón de los hombres. Dios te bendice, hijo mío, y te permite publicar lo que yo digo, para que con ello beneficies a las gentes".

Filium Vitis (Hijo de la Vid). — Uno de los Hermanos me ha indicado el sendero de los misterios de la Naturaleza; pero las ilusiones que flotan a los lados del camino han llamado mi atención durante largo

tiempo en que estuve detenido; pero por fin me convenci de la inutilidad de semejantes ilusiones, y mi corazón se abrió a los cálidos rayos dispensadores de vida del amor divino, del gran sol espiritual. Entonces reconocí que a todo sobrepuja la posesión de la sabiduría divina; y que nada es la sabiduría humana, y nada es el hombre, a menos que se convierta en instrumento de la sabiduría divina. El sabio del mundo desconoce la divina sabiduría, pero alguien la conoce. Entre el país donde viven los sabios y el en que moran los necios median dilatados océanos, y hasta que la vista de los hombres se acostumbre a la radiación de la luz divina, no descubrirán el país donde los sabios viven y en donde se alza el templo de sabiduría con una inscripción que dice: "Este templo es sagrado por la contemplación de las divinas manifestaciones de Dios en la Naturaleza". Sin verdad no hay sabiduría, ni hay verdad sin bondad. En el mundo es rara la bondad y, por lo tanto, las verdades y la sabiduría del mundo no son con frecuencia más que locuras.

Estamos libres de preocupaciones, y con los brazos abiertos recibimos a quienes a nosotros vienen y llevan el sello de la divinidad. A nadie le preguntamos si es cristiano, pagano o judío. Todo cuanto exigimos de él es que se mantenga fiel a su humanidad. El amor es el lazo de unión entre nosotros, y trabajamos en bien de la humanidad. Por nuestras obras nos conocemos unos a otros, y quien posee superior sabiduría, es el mayor entre nosotros. Ningún hombre puede recibir más de lo que merece. A cada cual se le dan el amor divino y la ciencia, en proporción a su capacidad para amar y saber. La fraternidad de los sabios es eterna y absoluta unión, y la luz del sol de la verdad eterna ilumina su templo. La luz del sol calienta el cristal

en que penetra; si se le separa de la luz, se enfría. Del mismo modo, la mente del hombre penetrada por amor divino obtiene sabiduría, pero si se aparta de la verdad, la sabiduría se desvanece. Las sociedades secretas y sectarias han perdido la verdad, y la sabiduría ha desaparecido de ellas. Sólo aman al hombre en proporción de los servicios que presta a sus intereses sectarios, y emplean símbolos y formas cuva significación no comprenden. De hijos de la luz se han convertido en hijos de tinieblas. El templo de Salomón, que sus antepasados construyeron, está ahora destruído, y no queda de él piedra sobre piedra. La mayor confusión reina ahora en sus doctrinas. Se abatieron las columnas del templo, y en el lugar que ocupaba el santuario reptan serpientes venenosas. Si deseas saber si lo que digo es o no verdad, empuña la antorcha de la razón y entra en las tinieblas. Observa el proceder de las sociedades sectarias durante el pasado y el presente, y sólo verás egoísmo, superstición, crueldad v muertes.

Millones de seres humanos viven sumidos en las tinieblas y pocos son los sabios, que viven en diferentes partes del mundo, a gran distancia unos de otros, y sin embargo, se hallan inseparablemente unidos en espíritu. Hablan diferentes lenguas, y sin embargo, todos se entienden, porque la lengua del sabio es espiritual. Luchan contra las tinieblas, y nadie que esté mal dispuesto puede aproximarse a su luz, pues sus mismas tinieblas le destruirán. Los hombres los desconocen, y sin embargo, día llegará en que en un instante destruyan la obra secular de los malvados como por

un impulso del dedo de Dios.

No busques la luz en las tinieblas, ni en el corazón del malvado la sabiduría. Si te acercas a la verdadera luz la conocerás, porque iluminará tu alma".

Estas notas están extractadas del libro. Contenía muchas noticias acerca de los Hermanos de la Cruz y de la Rosa de Oro. No me está permitido decir todo cuanto aprendí en el libro; pero en resumen se desprende de él que los verdaderos Rosacruces constituyen una sociedad espiritual que nada tiene que ver con las sociedades secretas del mundo. No forman una sociedad en el sentido vulgar de la palabra, puesto que no tienen estatutos ni reglamentos, ni ceremonias, ni cargos, ni celebran reuniones, ni nada de lo acostumbrado en las sociedades secretas. Cierto grado de sabiduría, convierte al hombre en Rosacruz iniciado, porque comprende prácticamente el misterio de la rosa y de la cruz, que se refiere a la ley de evolución de la Vida, y su conocimiento práctico trasciende a toda teoría y especulación intelectual. Inútil es meditar sobre puntos místicos que se hallan más allá de nuestro horizonte mental. Inútil intento el de penetrar en los misterios espirituales antes de que nos hayamos espiritualizado. El conocimiento práctico supone práctica, y sólo puede ser adquirido por medio de la práctica. Para obtener poder espiritual es necesario practicar las virtudes espirituales de fe, esperanza y caridad. La única manera de llegar a ser sabio es cumplir durante la vida con el deber. Amar a Dios en toda la humanidad y cumplir con el deber, constituye la suprema sabiduría humana, derivada de la Sabiduría Divina. A medida que aumentan el amor y la sabiduría aumenta el poder espiritual que levanta el corazón y ensancha el horizonte mental. Lenta y casi imperceptiblemente ábrense los sentidos internos, el hombre va adquiriendo mayor capacidad receptiva, y cada paso hacia lo alto dilata el campo de la visión.

Dignas de lástima son las sectas y sociedades que intentan obtener el conocimiento de las verdades espirituales por medio de la especulación filosófica, prescindiendo de la práctica. Inútiles son las ceremonias si sólo se celebran exteriormente, sin comprender su significado oculto. Una ceremonia nada vale si no es expresión de un íntimo sentimiento. La circunstancia de que ya no se comprende el significado de los símbolos, y que provocan disputas y diferencias de opiniones entre las distintas sectas, demuestra la pérdida del poder interno y que las sectas únicamente poseen la forma muerta.

La religión de las sectas y sociedades secretas se funda en el amor y admiración egoísta del yo personal. Aunque en las sectas y sociedades secretas hay almas generosas, la mayoría espera obtener beneficios personales y sólo ruega por su propia salvación, y obra bien por apetencia de recompensa.

Así vemos el cristianismo dividido en centenares de sociedades, sectas y religiones diferentes, que se odian y desprecian y procuran perjudicarse unas a otras. Vemos el clero de todos los países ansioso de poder político y servir los egoístas intereses de su iglesia. Han perdido de vista al Dios universal de la humanidad, y han colocado en su lugar al dios del yo personal. Pretenden poseer poderes divinos, y emplean su influencia en allegar beneficios materiales para su iglesia.

Vemos el divino principio de verdad prostituído todos los días y a todas horas en las iglesias, convertido en mercados. El templo del alma está ocupado por mercaderes, y ausente del espíritu de Cristo.

Cristo, la Luz Universal del Logos Manifestado, la Vida y la Verdad, está en todas partes y no puede quedar encerrado en una iglesia ni en una sociedad secreta. Su iglesia es el Universo, y su altar el corazón del hombre que recibe su luz. El verdadero discípulo de Cristo subyuga el yo personal y no sabe lo que es un deseo egoísta. No se preocupa por el bienestar de otra iglesia que la suficientemente amplia para contener a la humanidad entera, sin diferencia de opiniones. Se preocupa muy poco de su salvación personal, y mucho menos espera obtenerla a costa ajena. Poseído de amor inmortal, sabe que él es inmortal. Conoce que su ego individual tiene sus raíces en la conciencia eterna de Dios, y no se preocupa del ilusorio yo personal. El verdadero hijo de la Luz identifica su voluntad, pensamiento y deseo con lo que el Espíritu universal quiere, piensa o desea por medio de él. Colocar al ego en actitud receptiva de la luz divina, cumplir la voluntad divina, y convertirse así en instrumento del poder de Dios manifestado en la tierra, es el único medio de adquirir la ciencia espiritual y ser un Hermano de la Cruz y de la Rosa de Oro.

#### VII

#### LOS HERMANOS

No preguntes quiénes han escrito estas cartas. Júzgalas por sus méritos. Considera el espíritu en que están escritas y no meramente las palabras. No nos mueve ningún motivo egoísta. La luz interna nos induce a obrar, nos impulsa a escribirte, y nuestras credenciales son las verdades que poseemos, fácilmente reconocidas por quienes todo lo posponen a la verdad. Te las comunicaremos en proporción a como seas capaz de recibirlas, y estás en libertad de aceptar o de no aceptar lo que te digamos; porque la Sabiduría divina no clama por admisión. Es una luz que brilla con eterna tranquilidad, y espera pacientemente el día en que se la reconozca y admita.

Nuestra comunidad ha existido desde el primer día de la creación (1) y continuará existiendo hasta el último. Es la Sociedad de Los Hijos de la Luz, cuyos miembros conocen la luz que brilla en el interior y el exterior de las tinieblas. Nosotros conocemos la naturaleza del destino del hombre y tenemos una escuela

en que la Sabiduría divina es el Maestro, y enseña a cuantos desean la verdad por sí misma y no meramente por el beneficio mundano que les pueda allegar. Los misterios explicados en dicha escuela se refieren a todo cuanto cabe conocer respecto a Dios, a la Naturaleza y al Hombre. Los antiguos sabios aprendieron en nuestra escuela y jamás en ningún otro lugar. Entre sus miembros, hay quienes habitan en otros mundos distintos de éste. Están esparcidos por el universo entero, pero los une un solo Espíritu, sin divergencia de opinión. Todos estudian un solo libro, y por el mismo método.

Nuestra Sociedad está constituída por Elegidos, e sea, por quienes buscan la luz y son capaces de recibirla, y el que posee mayor receptividad para la luz es nuestro Jefe. Cada miembro concre intuitivamente nuestro punto de reunión, y fácilmente llegan a él todos, importando bien poco el lugar donde residan. Está muy cerca, y sin embargo, se halla oculto a los ojos del mundo, y sólo puede encontrarlo el iniciado. Los ya dispuestos pueden entrar, los que no lo están todavía han de esperar a estarlo.

Nuestra orden tiene tres grados. Al primero se llega por la inspiración divina; al segundo por la iluminación interior y al tercero y superior, por la contemplación y devoción. En nuestra Sociedad no hay disputas ni controversias, ni especulaciones ni sofismas, ni dudas ni escepticismo, y quien tiene mejor oportunidad de hacer bien, es el más feliz. Poseemos los más profundos misterios, y sin embargo, no somos una Sociedad secreta, porque nuestros secretos son un libro abierto para quien está en disposición de leerlo. El secreto no dimana del poco deseo de ense-

<sup>(1)</sup> Se dice que los Hijos de Manú, Nacidos de la Mente que no procrearon, y cuya misión fue instruir a la humanidad, formaron la primera Sociedad Oculta, y que desde entonces todos los Adeptos trazan su descendencia a uno y a otro de Los Hijos de la Mente del Primer Señor.

ñar, sino de la debilidad de quienes piden que se les enseñe. Nuestros secretos no pueden comprarse por dinero ni divulgarse públicamente. Unicamente los comprenden los capaces de sabiduría y amor fraternal, en quienes estos poderes han comenzado a despertar. Feliz aquel en quien ha prendido el fuego sagrado y está contento. Conoce la causa de las miserias humanas y la necesidad inevitable del mal y de sufrimientos. Su clara visión le permite ver el fundamento de todos los sistemas religiosos y los reconoce como modalidades de verdades relativas.

La humanidad vive en un mundo de símbolos, cuyo significado no comprenden la mayoría de las gentes, pero se acerca el día en que se conozca el espíritu que estos símbolos entrañan, y se revelen los sagrados misterios. Perfecto conocimiento de Dios, perfecto conocimiento de la Naturaleza y perfecto conocimiento del hombre, son las tres luces que en el inderrocable altar de la verdad iluminan perpetuamente el intérrimo santuario del templo de la sabiduría.

Sólo hay una religión fundamental y una fraternidad universal. Formas externas, sistemas y asociaciones religiosas, todo son cáscaras que encierran una porción tan sólo de la verdad, y los formulismos son únicamente verdaderos en proporción a como representan las verdades que ocultan. Son necesarios para quienes no pueden todavía reconocer la verdad invisible y abstracta, a menos que un símbolo la represente, y al darles a comprender poco a poco, que existe la verdad aunque para ellos invisible, les proporcionamos la base de su conocimiento espiritual. Pero si las formas externas del sentimiento religioso representan verdades ocultas que no existen en aquel sistema, en-

tonces sólo son ridículas mojigangas. Hay tantos errores como fórmulas y teorías que sólo pueden ser relativamente ciertas, y siendo infinita la verdad absoluta, no puede circunscribirse a una forma limitada.
Los hombres han tomado equivocadamente la forma
por el espíritu, el símbolo por la verdad, y de esta
equivocación han brotado infinitos errores que no
pueden enmendarse con vituperios ni con ardientes
controversias, ni asumiendo una actitud hostil contra
los que viven en el error. Las tinieblas no pueden desvanecerse con otra arma que con la de la luz, y donde
prevalece la sabiduría, desaparece la ignorancia, como en donde brilla la luz no caben las tinieblas.

Pronto aparecerá la luz en este Siglo. Se conocerán cosas ocultas durante siglos; se descorrerán muchos velos, y será revelada la verdad subyacente en las fórmulas. La humanidad se acercará más a Dios. No podemos decirte ahora por qué ocurrirá esto en este siglo. Nos limitaremos a decir que todo tiene su tiempo y su lugar, y que todas las cosas en el Universo se hallan reguladas por la divina ley de orden y armonía. Primero vino el símbolo que contenía la verdad; después la explicación del símbolo, y más tarde reconocerá y aceptará la verdad. No de otra manera se ve el árbol después de brotar la semilla que era el símbolo que sintetizaba su carácter. Nuestro deber es ayudar al nacimiento de la verdad y abrir las cáscaras que la contienen, reavivando los muertos jeroglíficos, cuyo significado revelaremos, no por nuestro propio poder, sino por el de la Luz, de que somos instrumento.

No pertenecemos a secta alguna, ni tenemos ambición que satisfacer, ni deseamos popularidad, ni nos disgusta el estado presente de cosas en el mundo co-

mo a quienes desean gobernar para imponer sus opiniones. No hay personas ni partido alguno que influya en nosotros ni esperamos recompensa de nuestra labor. Poseemos una Luz, que nos permite conocer los misterios más profundos de la Naturaleza, y nos alimenta un Fuego, por cuyo medio podemos obrar sobre todas cuantas cosas en la Naturaleza existen. Poseemos la clave de todos los secretos, y conocemos el lazo que une nuestro planeta con los otros mundos. Nuestra ciencia es una Ciencia Universal, porque abarca el universo entero, y su historia comienza en el primer día de la creación. Poseemos los antiguos libros de sabiduría. Todo en la Naturaleza se halla sujeto a nuestra voluntad, porque nuestra voluntad es una con la del Espíritu Universal, potencia motora del universo entero, y origen eterno de toda vida. No necesitamos informe alguno de hombres, ni de libros, porque podemos percibir todo cuanto existe, y leer en el libro de la Naturaleza, exento de errores. En nuestra escuela se enseña todo, porque la Luz de todas las cosas dimana de la omnisciencia de nuestro Maestro.

Podemos hablarte de lo más maravilloso que conocemos, que está tan por completo fuera del alcance
del filósofo más erudito de nuestros tiempos, como
el Sol de la Tierra; pero tan cercano a nosotros como
la luz del espíritu al espíritu de que emana. No es
nuestra intención excitar tu curiosidad. Deseamos suscitar en ti la sed de sabiduría y el hambre de amor
fraternal, a fin de que abras los ojos a la luz, y contemples la verdad divina. No nos corresponde abrir tu
entendimiento. Le corresponde al poder de la verdad
que entra en el corazón. El divino desposado del alma llama a la puerta, y muchos son los que no escu-

chan su llamada o no quieren admitirlo, porque están sumidos en las ilusiones de la existencia externa.

¿Deseas ser miembro de nuestra Sociedad? Si es así, penetra en tu propio corazón. ¿Deseas conocer a los Hermanos? Si es así, aprende a conocer la divinidad manifestada en tu propia alma. Busca en ti lo perfecto, inmortal e inmutable, y cuando lo encuentres, habrás entrado en nuestra sociedad v nos conocerás. En nuestro círculo no caben imperfecciones, y antes de que puedas entrar en él, has de arrojar de ti todas las imperfecciones de tu naturaleza. El fuego del amor divino ha de consumir los elementos corruptibles de tu interior. Debes ser bautizado con el agua de la verdad, y estar revestido de una substancia incorruptible producida por pensamientos puros. Han de abrirse los sentidos internos a la percepción de las verdades espirituales, iluminada la mente por la sabiduría divina. Entonces se actualizarán las grandes potencias de tu alma, ahora para ti desconocidas y podrás vencer el mal. Tu entero ser será restaurado v transformado en un ser de luz, y tu cuerpo servirá de mansión al espíritu divino.

Preguntas que ¿cuáles son nuestras doctrinas? No proclamamos ninguna, porque cualquiera que proclamáramos sería para ti una opinión dudosa, mientras no te conozcas a ti mismo. Este conocimiento lo has de lograr por la instrucción interna y debe ir desarrollándose en ti mismo. Interroga al espíritu divino en tu interior, abre tus sentidos internos a la comprensión de lo que dice, y responderá a tus preguntas. Todo cuanto podemos hacer es darte algunas ideas para que las consideres y examines. No para que las creas, porque proceden de nosotros, sin examinarlas antes

y quedar de ellas satisfecho, sino para que puedan servirte de jalones y señales, como ariádnico hilo, durante tus incursiones por el intrincado laberinto del examen propio.

Una de las proposiciones que deseamos someter a tu consideración es que la humanidad no será feliz hasta que haya absorbido el espíritu de sabiduría divina y de amor fraternal. Cuando esto ocurra, las coronas de los que rigen el mundo serán razón pura y no adulterada y sus cetros serán amor. Tendrán poder de libertad a los pueblos de la superstición y de las tinieblas, y las condiciones externas de la humanidad mejorarán una vez logrado el perfeccionamiento interno. Entonces desaparecerán la pobreza, el crimen y la enfermedad.

Otra proposición es que una de las causas de que los hombres no sean más espirituales e inteligentes es que la grosería y densidad de las partículas materiales que componen sus cuerpos impiden la libre acción del elemento espiritual en ellos contenido, y que cuanto más groseramente vivan, y cuanto más se dejen dominar por los placeres sensuales, animales y semianimales, tanto menos serán capaces de lanzarse en pensamiento a las regiones superiores del mundo ideal, y de percibir las eternas realidades del espíritu. Mira las formas humanas que por las calles encuentras, repletas de carne llena de impurezas animales y con el sello de la intemperancia y de la sensualidad impresos en sus rostros, y pregúntate si están o no adaptadas para expresar las manifestaciones internas de la sabiduría divina.

También decimos que espíritu es substancia y realidad. Sus atributos son: indestructibilidad, impe-

netrabilidad y duración. La materia es una agregación que produce la forma ilusoria. Es divisible, penetrable, corruptible y mudable. El reino espiritual es un mundo indestructible, efectivamente existente, cuyo centro es el Logos y sus habitantes las Potestades concientes e inteligentes. El mundo físico es un mundo de ilusiones, sin la verdad absoluta. Todo lo existente en el mundo externo es relativo y fenoménico. Este mundo es, por decirlo así, la pintura sombría del mundo interno y real, producida por la luz del espíritu viviente que obra en el interior y en el exterior de la materia animada, en las formas donde reside y mora la vida.

La inteligencia inferior del hombre toma sus ideas prestadas del reino siempre inestable de lo sensual, y hállase, por lo tanto, sujeta a un cambio continuo. La inteligencia espiritual del hombre, o sea su intuición, es un atributo del espíritu, y por lo tanto, inmutable y divina. Cuanto más etéreas, refinadas y movibles sean las partículas del organismo físico del hombre, con tanta mayor facilidad penetrará en ellas la luz divina de la inteligencia y sabiduría espirituales.

Un sistema racional de educación ha de fundarse en el conocimiento de la constitución física, psíquica y espiritual del hombre, y no meramente en su aspeco material. El aspecto externo de la constitución humana puede estudiarse por medio de métodos externos, pero el conocimiento de su organismo invisible sólo se alcanza por introversión y estudio de sí mismo. El más importante consejo que hemos de darte es, por tanto:

## APRENDE A CONOCER TU PROPIO YO

Las proposiciones anteriores bastan para que las medites y examines a la luz del espíritu, hasta que recibas más enseñanzas.

#### CARTAS ROSACRUCES

I.—Sabiduría divina	7
II.—El medio práctico de acercarse a la Luz	12
III.—Verdad absoluta y relativa	17
IV.—La Doctrina Secreta	25
V.—Los Adeptos	35
VI.—Experiencias personales	43
VII _ Los Hermanos	52

FRATERNIDAD ROSA - CRUZ DE COLOMBIA BIBLIOTECA - BOGOTÁ

### FRATERNIDAD ROSA - CRUZ DE COLOMBIA BIBLIOTECA - BOGOTÁ

## MARAVILLOSOS LIBROS DE LA SABIDURIA ROSA CRUZ

Concepto Rosa Cruz del Cosmos, por Max Heindel
Educatia Rasa Cara Cara Cara Cara Cara Cara Cara C
puestas
El Velo del Destino
Principios Ocultos, Salud y Curación., Cartas a Los Estudiantes.,,,
Cartas a Los Estudiantes
Los Misterios Rosa Cruz,
Filosofía Avanzada
Veinte Instrucciones Sobre Cristianis-
Rosa Cruz Dr. Krumm Heller
Rosa Esotérica Lytton
La Doctrina Secreta de los Rosa Cruces Magus In-
cógnito.
Una Aventura en la Mansión de los Adeptos Franz Hartmann
Author In Tample de Sa-
En el Pórtico del Templo de Sa- biduría
En el Umbral del Santuario

FRATERNIDAD ROSA CRUZ ANTIGUA Apartado Nal. Nº 1416. Bogotá, Colombia, S. A. El camino sublime de los Rosa Cruces, es indudablemente el más encantador y maravilloso de cuantos se ofrecen para la Superación del Hombre.

RAGHOZINI